



FILMS DE AMOR
50 cts.

El Favorito de la Guardia

Lillian Harvey
Henry Garat

SELECCIÓN FILMS DE AMOR
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234 - Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barará, 16

B A R C E L O N A

El favorito de la guardia

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la notabilísima artista

LILIAN HARVEY

Novelada por M. NIETO GALAN



Producción sonora U. F. A.

Balmes, 79

Barcelona



REPARTO

Princesa Maria Cristina LILIAN HARVEY
Carl Berck Henry Garat

Argumento de dicha película

UN BAILE POPULAR

Nos encontramos en la minúscula capital de un reino europeo. No importa el nombre de éste, para que nosotros podamos relatar la deliciosa historia de los amores de dos de sus súbditos. Es en pleno invierno, y las calles de la población se encuentran envueltas en el blanco disfraz de la nieve, que las cubre por completo; mas sus habitantes, acostumbrados, sin duda, a estos rigorismos de la época, parecen darse poca cuenta de ello y se entregan con fricción al baile, en uno de los más populares restaurantes de la capital.

Allí no acuden grandes damas, ni ricos hombres: todos pertenecen a la clase media y obrera, pero, quizás por ello, se divierten más, libres de la ridícula etiqueta que impone la sociedad aristocrática.

La orquesta ejecutaba un vals vienés, y al compás de sus melódicas notas, las parejas

se deslizaban entre sí, siguiendo con exactitud rítmica las notas de la música.

Al terminarse, dos jóvenes fueron a sentarse en una especie de palco que los apartaba del resto de la concurrencia. Era ella una preciosa muñequita de carne, de pelo rubio y dorado, como la espuma del champaña y en cuya boquita de corazón aparecía constantemente una risa fascinadora, que hacía más encantador su conjunto. En sus ojos azules, como las olas de un mar sin sol, se advertía una ingenua infantilidad, si bien unida a ella podía leerse el carácter optimista y hasta cierto punto picaresco de su poseedora.

Había llegado al baile sola, vestida con un trajecito negro, un delantalito blanco y una cofia sobre su cabeza. En el mismo baile fué solicitada por su acompañante, un joven de modales distinguidos, amable galanteador, de varonil figura y de una simpatía tan extraordinaria, que pronto ganó la confianza de la muchacha. Juntos bailaron todos los bailes y juntos sintieron también por primera vez en sus vidas latir aceleradamente sus corazones. El chispazo del amor los había unido y rápidamente la llama de este sagrado sentimiento iba intensificándose en ellos. Ella admiraba en él su arrogancia, su galantería, su porte de militar bizarro y él admiraba en ella su deliciosa feminidad, no exenta de una gracia fascinadora y picaresca.

Al sentarse, ella cogió el vaso de cerveza y fué a beber, mas él la detuvo diciéndole:

—Así, no. Déjeme que yo la ayude.

Y entrelazando sus brazos, bebieron unidos el líquido dorado que contenían los boks.

Se miraron tiernamente y él le propuso:

—¿Por qué no hablarnos de "tú"?

—Acepto—respondió ella riendo—; pero con una condición: el primero que hable de "usted" perderá un franco.

—Aceptado—exclamó él—. Es usted la mujer más bonita que he conocido.

—Has perdido—exclamó ella alegrement. Y como no quería faltar a su promesa, su compañero depositó en la mesa el importe de la apuesta.

Ella fué ahora la que le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Carl—respondió él.

—Es un nombre muy bonito.

—¿Y tú?—preguntó su enamorado. Pensó la joven un instante y al fin respondió:

—Mizzi.

—Precioso nombre, digno de una princesa—alabó él.

—¿Y cuál es tú oficio,—siguió preguntando ella.

Esta vez fué él quien dudó la respuesta, mas al ver frente a ellos el anuncio de una tienda de comestibles respondió:

—¿Mi... oficio?... Dependiente de comercio... ¿Y el tuyo?

También retrasó la joven la contestación, hasta que el anuncio de una manicura le dió la respuesta y le dijo:

—Yo... yo soy... manicura.

—Brindemos por nuestra amistad—propuso él, tomando de nuevo el vaso de cerveza.

—¡A tu salud!—exclamó ella levantando el vaso.

—¡A la suya!—respondió él, perdiendo nuevamente otra moneda.

Y en esta deliciosa conversación, queriendo inquirir y conocer cada uno la vida del otro, fueron equivocando el "tú" por el "usted", hasta que sobre la mesa quedó un puñado de francos.

Nuevamente la orquesta se dejó oír, pero antes de que empezara subió un hombre al tablado y gritó a los concurrentes:

—¡En este baile, los señores elegirán a la señora que ha de bailar con él!

Y como es natural, Carl eligió por compañera a Mizzi y juntos otra vez se deslizaron por entre las parejas, feliz él de llevar entre sus brazos a la gentil muchacha y dichosa ella de sentirse entre los brazos de aquel apuesto joven, que tanta emoción había causado en su corazón.

Mientras bailaban, Carl iba hablándole al oído y vertiendo en el corazón de la joven

todas esas palabras que, como flores, brotan de un corazón enamorado. Mizzi le oía arrobada, sin darse cuenta del tiempo que pasaba y dejando que sus rostros se acercasen y rozaran el uno con el otro, a cuyo contacto sus cuerpos se estremecían.

Pero así y todo, Mizzi miró su relojito de pulsera y al ver que era media noche, sintió la inquietud producida por lo avanzada de la hora. Pensó que era imprescindible que se marchase y aprovechó el momento en que terminó la primera parte del baile y que el hombre que anteriormente había gritado, volvía a decir:

—En esta parte del baile serán las señoras las que elijan a los caballeros!

Carl estaba seguro de que él sería el elegido por Mizzi, mas esta no tuvo tiempo de hacer la elección, puesto que se acercó una joven y le solicitó la pareja.

Libre de él, corrió a la mesa donde había estado sentada antes, recogió su monedero, un caprichoso abanico de papel, regalado por Carl, y escribió una nota que dejó bajo los francos que habían perdido. Hecho esto desapareció rápidamente; en la puerta encontró un trineo y ordenó a su conductor:

—¡A casa!... ¡Aprisa!...

Y el trineo partió velozmente, sin darse cuenta que tras ellos, procurando no ser visto por la joven, corría un hombre de aspecto

joven, pero que pretendía ocultar su rostro por una larga y ridícula barba.

Carl, a la vez que bailaba buscaba ansiosamente a la joven, que ya había desaparecido. Le pareció que aquella segunda parte del baile era interminable y no ponía atención a las palabras de su compañera, que constantemente le hacía volver la cabeza hacia ella, reprochándole su silencio.

Por fin acabó la orquesta y Carl corrió al palco creyendo encontrar en él a la muchacha. Llamó al camarero y le preguntó:

—¿Has visto a la dama que me acompañaba?

—Ha salido, señor—respondió el camarero.

—¿Qué se ha marchado?—preguntó extrañado el dependiente de comercio.

—La he visto salir y ponerse el abrigo—volvió a decirle el camarero, a la vez que se alejaba con el servicio hacia otra mesa.

Carl se sentó abrumado, en la misma silla que antes había ocupado al lado de Mizzi y pensó que había sido objeto de una broma. Sintió incluso cierto rencor hacia Mizzi, pero al recordar su figura, no pudo menos que sonreír levemente, pensando en el encanto de aquella mujer, que en el solo transcurso de media noche se había apoderado de su corazón.

LA PRINCESA MARIA CRISTINA

De imponente aspecto, por su grandiosidad y lujo, el palacio real levantábase en el centro de la capital y en su arquitectura caprichosa mostraba el gusto refinado de sus poseedores y la frívola etiqueta de aquella Corte.

De pronto, se detuvo el trineo y de él bajó una linda muchacha, que pretendió deslizarse, sin ser vista por nadie, hacia el interior del edificio, mas el centinela, arrancado súbitamente de su somnolencia, la descubrió y pretendió detenerla, gritando:

—¡Alto!

—¡Alto!... ¡Quién vive!—gritó de nuevo el centinela, preparándose para disparar.

Se detuvo la joven en la misma escalinata y respondió:

—¡La Princesa María Cristina!

Era imposible que el soldado pudiese creer que a aquellas horas de la noche la Princesa

anduviese sola por las calles de la ciudad. Mas al ver detrás de un pilar de las puertas del palacio al hombre que venía siguiendo a la Princesa y que le hacía señas, indicándole que efectivamente era Su Alteza, el soldado dió la voz al Cuerpo de Guardia y pronto se formó ésta, ante la cual tuvo que pasar la Princesa, la falsa manicura Mizzi, mientras que los tambores tocaban en su honor.

El ruido producido por éstos despertó sobresaltado al Ministro de Estado, que se preguntó extrañado:

¿Qué sucederá? ¿Por qué tocarán los tambores? ¿Quién entrará a tal hora en palacio?

Se puso sobre el mismo pijama un batín y salió al corredor principal para conocer a la real persona que llegaba a tales horas a palacio.

Hombre embutido en la solemnidad de la Corte y de los protocolos, no pudo menos que quedar sorprendido al ver que la persona que entraba a aquella hora, era, nada menos que la Princesa María Cristina, que una vez más seguía haciendo sus diabluras.

—¡La Pricepa María Cirstina!

La joven, sin darse cuenta de que el Ministro se había levantado, tarareaba por el corredor las notas del vals que últimamente había bailado con el dependiente de comercio, siguiendo graciosamente su compás, hasta que al llegar junto a la puerta de la habitación

del Ministro de Estado, éste pretendió reprimirla diciéndole:

—¡Pero, Alteza! ¡Cómo es posible que estéis fuera de Palacio a esta hora! ¡Eso que hacéis...!

—¡Dejadme en paz!—exclamó la Princesa—. ¡Yo no puedo hablar con un caballero en pijama!

Y al darse cuenta el Ministro de lo poco conveniente que era su indumentaria, corrió a refugiarse en su habitación, pensando que al día siguiente regañería como se merecía a la Princesa, por la conducta que estaba llevando desde hacía tres días, que eran los que llevaba en la Corte.

Y mientras la princesita María Cristina pensaba en su enamorado dependiente, éste permanecía sumido en tristes pensamientos en el restaurant, donde ya solamente quedaban tres parejas.

Por fin terminó el baile, y al quedar solo, Carl se levantó, pagó al camarero y sin preocuparse de los francos que había sobre el papel escrito por la princesita, que quedaba oculto por las monedas, abandonó el baile, donde tan feliz había sido por unas horas.

Pero el camarero, al recoger el servicio, y como es natural, guardarse los francos que habían perdido los enamorados, descubrió el billete y corrió a entregárselo a Carl. Sin preocuparse de la nieve que caía y solamente



—¿Por qué no hablamos de tu?

pensando en que pudiera ser de Mizzi, Carl encendió su mechero y a su débil llama leyó la misiva que decía:

“Espérame mañana a la salida de mi trabajo, en la peluquería Figaro.—Mizzi.”

Nuevamente se abrió el corazón del joven a la esperanza. Mucho tiempo era, en verdad, el que le faltaba para verla, o a lo menos así le parecía a él, pero como no había más remedio, tuvo que contentarse con esperar al día siguiente, para poder estar otra vez con su pequeña Mizzi.

A la mañana siguiente el Ministro de Estado, preocupadísimo por la anterior salida nocturna de la Princesa, le preguntaba a su gran detective Picpac.

—¿Siguió usted anoche a Su Alteza?

—Sí, Excelencia—respondió el detective, a quien su profesión no habría de darle, seguramente, ninguna celebridad.

—¿Y a dónde fué?

—¡A un baile popular!—respondió el detective—. Estuvo bailando toda la noche con un joven.

—¡Oh, qué escándalo!—exclamó haciendo ridículos aspavientos el Ministro—. ¡La Princesa María Cristina, en un baile popular y bailando con un cualquiera! ¡Esto contraviene en absoluto el protocolo de la Corte! ¿Y no habéis averiguado nada más?

—Sí, he averiguado que la Princesa parecía estar muy satisfecha de la compañía del joven.

—¿Cómo podéis saber eso?

—Pues... pues, porque Su Alteza y él... se besaron...

—¡Qué escándalo! ¡La Princesa besando a un plebeyo!... ¡dejadme!

Pero la princesita, ajena a las razones de Estado y sin más pensamiento que el de la noche anterior, se levantó alegre y fué en busca del Ministro, quien apenas la vió, le dijo:

—Escuchadme, Alteza.

—¿Vais ya a comenzar a regañarme?—exclamó ella.

—Es preciso que os deis cuenta de que vuestra conducta no corresponde a vuestra real jerarquía.

—¿Y qué me importa a mí ni jerarquía? ¿Acaso porque sea princesa, no puedo distraerme como las demás?

—¡Pero ir a un baile popular! ¡Bailar con un cualquiera!

—¡Con un cualquiera, no!—exclamó María Cristina—. ¡Era muy guapo!

—¿Pero y vuestro prometido, el Príncipe de Leuchtenstein? Mejor haría Su Alteza pensando que S. M. le ha elegido para vuestro esposo. Comprended que el Protocolo...

—Yo no tengo nada que ver con vuestro protocolo—respondió la princesita—. Y para manifestarle su mal humor se alejó hacia el ventanal que daba al gran patio de Palacio y pegó su frente contra los cristales, sin hacer caso de las palabras del Ministro.

En aquel instante entraba el regimiento que había de hacer la guardia y le Princesa se volvió hacia el Ministro diciéndole:

—No había visto nunca ese regimiento... ¿Es nuevo?

—Es el que S. M. ha dedicado a Su Alteza.

Siguió la tropa evolucionando en el patio,

hasta que últimamente llegó corriendo un joven teniente, en quien María Cristina reconoció inmediatamente a Carl.

—Me ha engañado, como yo a él—se dijo interiormente sonriendo.

—¿Cómo llega usted tarde, teniente Barck?
—le preguntó el capitán.

Pretendió el teniente dar sus excusas, pero el capitán no le hacía caso y seguía regañándole agriamente. Aquellos ademanes denotaban claramente lo que pasaba y María Cristina le preguntó a su Ministro:

—¿Por qué le riñen al teniente?

—Porque la obligación del teniente es ser amonestado por el capitán.

—No quiero que nadie le riña. Nómbrele capitán.

—Pero, Alteza—se atrevió a protestar débilmente el Ministro.

—¡Pronto pronto!—ordenó la Princesa—. Nómbrele capitán.

Ante aquel mandato tan imperativo no pudo menos que obedecer el Ministro, quien extendió el nombramiento y lo envió con un ordenanza al capitán de la guardia que seguía amonestando al teniente.

María Cristina, parapetada detrás de los cristales esperaba ver el efecto que hacía su decisión, mientras que el capitán, al leer el final del nombramiento, cambió rápidamente y ofreció la mano a Carl, diciéndole:



Despertó sobresallado.

—Has sido ascendido a capitán. Mi enhorabuena compañero.

Ya puede suponerse el asombro de Carl, que lo que menos esperaba en aquellos momentos era aquel ascenso, mas la indulgencia y protección de María Cristina había de servir para poco, puesto que el comandante de la guardia se acercó a él y le regañó también por su tardanza, diciéndole al final:

—Queda usted arrestado en su casa desde este momento.

De este segunda regañunza la Princesa no se había dado cuenta, porque el Ministro había vuelto otra vez a su tema y le decía:

—Decidme al menos quién es ese joven con quien habéis estado bailando. ¿Pertenece a la aristocracia?

María Cristina movió graciosamente la cabeza, en sentido negativo y respondió al fin:

—Es... dependiente de comercio.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama... Carl.

—¿Carl... qué?

—Carl—respondió otra vez la Princesa—. Con eso debe bastaros.

Dejó al pobre Ministro sumido en un mar de confusiones y salió pensando en que ya faltaban pocas horas para volver a ver a su amado.

Apenas salió la Princesa, el Ministro hizo funcionar un resorte que había en un testero del despacho y se abrió una estantería de libros detrás de la cual apareció el pobre Pipac.

—¡Ya lo tengo!—exclamó el Ministro.

—¿A quién tiene Su Excelencia?—preguntó el terrible detective, que no veía más allá de sus narices.

—Pues al que bailó anoche con Su Alteza. ¿Es verdad que es guapo?

—No está mal del todo—respondió el detective, después de pensarlo un poco.

—Se llama Carl—siguió diciéndole el Ministro.

—¿Carl?... ¿Carl?—repitió el detective.

—Ahora me interesa saber su apellido y usted tiene que averiguarlo, o por lo menos traerme una fotografía suya. Sí, eso es lo mejor. Fotografíelos y tráigame el retrato.

Y Pipac, que no discutía jamás las órdenes de Su Excelencia, se preparó para no perder de vista a la Princesa y obtener de ella y de su amado una fotografía en la primera ocasión que los viera juntos.

PIDA el nuevo CATALOGO de
"BIBLIOTECA FILMS"
que contiene entre otros éxitos
EL DESFILE DEL AMOR y las nuevas
colecciones de tarjetas postales • LOS DIEZ
MAS SUGESTIVOS BESOS POR LOS
ARTISTAS MAS SIMPATICOS "

Lo remite gratis:

BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

OTRO ASCENSO INESPERADO

Aun cuando Carl se hallaba arrestado por su comandante no hizo el menor caso de aquel castigo, pensando que un militar no puede faltar a una cita de amor y menos aun cuando la mujer que espera es de la belleza de su Mizzi. Fija en él esta idea, permaneció en su casa el tiempo indispensable para cambiar su uniforme por un traje de paisano y una vez realizada su transformación corrió hacia el establecimiento "Fígaro", antes de que fuera la hora de salir de la manicura.

Sin embargo, la Princesa había adelantado a él y al verlo venir entró en la puerta del establecimiento, para hacer ver que salía en aquel instante de él.

Corrió el uno al encuentro del otro, sin que ninguno se diera cuenta de que Pipac preparaba su máquina para fotografiarlos. Mas cuando ya la tenía preparada empezaron a cruzar entre él y la pareja los tran-

seúntes en tal número, que le resultaba imposible realizar su deseo.

—¡Adorada Mizzi!—exclamó Carl cuando estuvo junto a ella—. ¡Si vieras las ganas que tenía que llegase ya esta hora! ¿Y tú?

—También — respondió ella, mirándolo picarescamente y riéndose interiormente al ver que él seguía creyéndola engañada. Mas era tan feliz en aquel juego amoroso, que ni por un momento pensó en decir la verdad.

Carl se cogió del brazo de la Princesa y le propuso:

—Quieres que vayamos al parque a patinar.

—Precisamente es un deporte que me encanta—contestó ella.

Echaron a andar hacia el sitio indicado, mientras que el pobre Pipac seguía tras ellos haciendo esfuerzos inauditos para poder obtener la anhelada fotografía. Mas todo resultaba imposible. Vueltos de espaldas no había manera de fotografiarlos.

La afición de los habitantes de aquel reino a los valeses era tal, que hasta en el parque de patinar una orquesta interpretaba los más cadenciosos valeses, a cuyo compás las parejas de patinadores bailaban, demostrando ser unos admirables maestros en este deporte.

Se colocaron los patines y María Cristina y Carl se lanzaron también por la tersura de la nieve, para seguir, tiernamente enlazados, a los acordes del vals.

—¿Qué pensaste anoche de mí, Carl?—le preguntó María Cristina, mientras patinaban.

—Creí que todo lo que había pasado entre nosotros había sido una broma, algo como un sueño y que al despertar el hada deliciosa que me había hecho compañía había desaparecido.

—¿Y cuando te dieron el billete?—preguntó la fingida manicura.

—¡Oh, entonces! ¡Entonces fui el hombre más feliz del mundo!

—¿Y lo sigues siendo?—preguntó María Cristina, cada vez más insinuante.

—¿Cómo no serlo si estoy a tu lado y creo que me amas un poco?... ¿Verdad que me amas?

—Sí Carl—respondió María Cristina, bajando los ojos—. Desde que te vi no pienso más que en ti.

El infeliz Pipac seguía haciendo mil esfuerzos para no caerse, puesto que también se había colocado unos patines, con el fin de perseguir a la pareja y poderles hacer un retrato. Mas cuando alguna vez conseguía tenerlos en posición, un patinador cruzaba con él y lo derribaba al suelo, perdiendo la ocasión.

Así continuaron un buen rato, sintiéndose adormecidos por la música y soñando en el mundo sonrosado de sus amores, hasta que finalmente acabó la orquesta de tocar y la



—¿Cómo llega usted tarde, teniente?

Princesa se sentó en el mismo Parque para quitarse los patines. Carl se ofreció a ayudarle y Pipac respiró tranquilo. ¡Por fin podría fotografiarlos!

Enfocó a la pareja, y cuando iba a tirar la placa, una dichosa pareja, que se lanzaba nuevamente a patinar, vino a dar con él y con la máquina sobre la nieve. Carl y la Princesa ya se habían quitado los patines y él le propuso:

—¿Quieres que vayamos al kiosco? Allí

podremos beber algo que nos reanime un poco.

—Vamos allá—respondió la princesita, para quien todo aquello resultaba un juego delicioso.

Se acercaron al kiosco y Carl pidió:

—¡Dos copas de cañac!

Ya iban a beber cuando de pronto oyó la voz de su comandante que le decía:

—¡Capitán Berck!

Carl hizo como que no le oía, pero el comandante insistió nuevamente. La Princesa apenas si podía contener su risa al ver en el compromiso que se hallaba, y para confundirlo más, le dijo:

—Me parece que es a ti al que llama ese comandante.

—Será a ese capitán Berck a quien llama—respondió Carl.

Pero el comandante seguía llamándole y al ver Carl que hacía ademán de acercarse, comprendió que lo mejor era salir a su encuentro y evitar así el que Mizzi descubriera la verdad.

—Voy a cerciorarme—le dijo a la Princesa, a la vez que salía al encuentro del comandante, que le dijo:

—¿Es así como cumple usted mi arresto?

—Yo le explicaré, mi comandante—respondió Carl.

—¡No necesita explicarme nada!—excla-

mó el comandante—. Mañana ya hablaremos de ello.

Cuando volvió a donde estaba la Princesa, ésta le dijo riendo:

—¿Ves como era a ti a quien llamaba? ¿A que ahora va a resultar que eres capitán?

Carl comprendió que no debía engañar por más tiempo a Mizzi y le confesó la verdad, a lo que ella respondió, fingiendo cierto enfado:

—¿Y por qué me engañabas?

—Por que temía que al conocer mi verdadera posición, creyeses que no te amaba de verdad.

—Claro está—replicó la princesita, casi sin poder contener la risa—. ¿Quién hubiera creído que un capitán, nada menos, iba a hacer caso de una pobre muchacha como yo?

—Pero... ¿ahora me crees, verdad?—preguntó ansiosamente Carl.

—Ahora... sé que también te amo—respondió ella.

Pipac estaba a punto de fotografiarlos, pero resbaló y al caer rompió el objetivo. No había logrado más que tirar algunas placas y estaba seguro de que ninguna había salido bien. Y para mayor desesperación suya, Carl y la Princesa, al ver cerca de allí a un fotógrafo, quisieron hacerse una fotografía y acudieron a él diciéndole:

—¿Quiere hacernos un retrato?

—¿Ahora?—preguntó desalentado Pipac.

—Claro que sí. ¿De qué se extraña?

—Fues que ya no puedo. Y créanme que hubiera tenido una verdadera alegría con poder complacerles.

Cuando salieron del Parque ya era de noche y Carl se empeñó en acompañar hasta su casa a la Princesa: Esta no veía el modo de poder desprenderse de él, pues no quería que se enterase de su verdadera personalidad. Estaba segura de que en el momento en que esto ocurriera cambiaría Carl por completo para ella. Además, le gustaba ser amada por ella misma y no por su jerarquía.

Mas como aquel delicioso diablillo tenía recursos para todo, cuando comprendió que le sería imposible conseguir el que la dejasen sola, lo condujo a una casa cualquiera y cuando estuvo en la puerta le dijo:

—Ya hemos llegado; hasta mañana.

—¿Pensarás en mí?—preguntó amorosamente él.

Tanto como tú pienses en mí—respondió ella.

Carl se acercó a Mizzi, y atrayéndola cariñosamente con sus brazos, la besó con pasión, sintiéndose feliz al ver que ella correspondía también a su caricia.

—Hasta mañana, amor mío—le dijo Carl, despidiéndose.



—Corrió hacia el establecimiento "Figaro".

—Que no me olvides—respondió, metiéndose en la casa y ocultándose detrás de la puerta, de forma que ella podía ver al capitán, pero éste no la podía ver a ella. Durante unos minutos, Carl estuvo mirando hacia la ventana que le había indicado la princesa y la casualidad hizo que su propietaria encendiera la luz. Carl creyó que se trataba de su amada y le envió un beso, desapareciendo poco después.

La princesita aprovechó aquel instante pa-

ra desaparecer y volver nuevamente a Palacio, donde el Ministro de Estado ya habría echado de menos su falta.

Al día siguiente la Princesa María Cristina acudió al despacho del Ministro, pero no para hablar con éste, sino para presenciar el desfile de la guardia y poder ver al capitán. Poco después apareció la tropa y al llegar el comandante, Carl fué llamado por éste, que le dijo:

—Ayer no quise decirle nada, porque estaba usted acompañado de una dama; pero le advierto que es la última vez que le consiento que no cumpla usted mis órdenes.

Mientras hablaba se advertía en él los síntomas de nerviosidad de que estaba poseído y la Princesa le preguntó al Ministro:

—¿Por qué regaña el comandante al capitán?

—Porque para eso es capitán—respondió el Ministro—para que le regañe el comandante.

—Pues ahora mismo hacedlo también comandante.

—Eso es un absurdo, Princesa—repuso el Ministro.

—Yo no hago nada que sea absurdo—exclamó incomodada ella—. Se ve que sois poco galante.

—Es que...

—¡Cumplid inmediatamente mis órdenes!

No tuvo el Ministro más remedio que acatar la orden de la Princesa y cuando el comandante reñía con más energía al capitán, se acercó a él un ordenanza y le entregó el despacho del Ministro, en el cual se ascendía a comandante al capitán Carl.

—¡Oh, qué sorpresa!—exclamó el comandante, dejando de reñir a Carl—. ¡Habéis sido ascendido a comandante!

Pero la verdadera sorpresa fué para Carl, que no podía, ni imaginarse siquiera, de quién provenía aquel favoretismo que en el plazo de cuarenta y ocho horas lo había ascendido de teniente a comandante.

—Se conoce—le dijo el comandante—que en la Corte debéis tener alguna persona influyente que os favorece.

—Si es así—respondió Carl—, no la conozco, ni puedo sospechar quien sea.

Y ante su cara de sorpresa, la princesita reía gozosamente, pensando en lo que le diría aquella tarde su amado, al comunicarle su nuevo ascenso.

UNA ESTRATAGEMA DEL MINISTRO

Cuando la Princesa abandonó el balcón, el Ministro se acercó a ella y le dijo:

—Ahora, Alteza, que ya estáis complacida en vuestro deseo, solicito en compensación un favor vuestro.

—Decid de que se trata—respondió ella.

—Sencillamente, de que dejéis a ese joven que os acompaña. El Protocolo está siendo pisoteado por Su Alteza.

—Ya os he dicho que a mí me importa poco el Protocolo. No dejaré a mi Carl por ningún Protocolo del mundo.

—Sin embargo, debéis pensar en lo que dirá S. M. cuando se entere de todo esto.

—S. M. no entiende nada en amor. ¿Cómo va a poder decir nada?

—¿Es decir que estáis decidida a desairar al Príncipe de Leuchestein?—preguntó intranquilo el Ministro.

—Yo solamente os he dicho que amo a

otro y que nadie podrá hacerme desistir de ello. Os autorizo para que así se lo digáis al Príncipe y le evitéis un viaje inútil. ¿Quién sabe si él amará a otra?

—Pero eso es imposible, Alteza. Pensad en S. M.

Y S. M. en aquel mismo instante hizo sonar el timbre para que fuese a verlo el Ministro. Este antes de salir dijo a la Princesa:

—S. M. llama; os ruego que me esperéis hasta que vuelva.

Entró en la Cámara Regia y poco después continuó su conversación con María Cristina, diciéndole:

—¿Habéis pensado bien lo que os he dicho?

—Lo tenía demasiado pensado. Avisad al Príncipe diciéndole que no venga. Podéis decirle, si es que lo creéis oportuno, que la Princesa María Cristina ama a otro hombre y de esa forma quedaréis libre de compromisos.

Salió del despacho ministerial y el Ministro, al quedar solo, se acercó al ventanal que daba al patio y vió cruzar por él en aquel instante a Carl. Su figura varonil, su tipo apuesto y gallardo, llamó la atención del Ministro y al fin exclamó, hablando consigo mismo:

—Sí, es lo mejor. Este desbancará al otro. Lo que se proponía el Ministro era presentar

a la Princesa a Carl, después de recomendarlo a éste que fuese muy galante con Su Alteza, hasta conseguir que ella olvidase aquella aventurilla amorosa. Para ello no tenía inconveniente en ascender al comandante hasta el más elevado puesto del ejército. Por otra parte creía que este plan daría óptimos resultados, puesto que por dos veces había observado en la Princesa cierto interés por aquel oficial. Luego, añadiendo a su interés un poco de galantería del comandante Berck, la cosa sería un hecho.

Hizo funcionar el mismo resorte de siempre, colocado en el testero del despacho y nuevamente se abrió la estantería, apareciendo tras ella el detective.

—¿Habéis logrado la fotografía que os pedí?—le preguntó el Ministro.

—No me ha sido posible, Excelencia—respondió tímidamente el detective—, Mirad lo único que he podido conseguir.

Y cuando le enseñó las pruebas de las placas que había utilizado, el Ministro vió solamente unas piernas de unos cuantos transeúntes, pero nada que pudiera dar a conocer el rostro del amado de la Princesa.

—¡Es usted una inutilidad!—exclamó el Ministro.

—Es verdad—respondió el detective, sin atreverse a contradecirle.



Enfocó a la pareja.

—Gracias a que yo he pensado en todo y he encontrado el medio de arreglarlo.

—¡Oh, Excelencia!—replicó admirado el detective—. ¡Qué talento tan prodigioso! ¿Puedo saber cómo ha sido?

—Todavía no he puesto en práctica mi plan, pero en la primera ocasión que encuentre lo desarrollaré y verá que resultados más eficaces da. Se trata de presentar a la Princesa a un apuesto oficial de su mismo regimiento. Haré que él se le muestre agradable,

que la acompañe siempre, hasta conseguir que la Princesa se familiarice con él y llegue a olvidar al otro.

—¿Y creéis que la Princesa llegará a olvidarlo?

—Indiscutiblemente—respondió el Ministro—. La persona que he elegido es uno de esos hombres que agradan a todas las mujeres. Joven, apuesto, elegante, guapo... en fin, el hombre deseado.

—Verdaderamente, la Princesa María Cristina, en los pocos días que lleva en el Corte nos ha dado bastantes mareos—se lamentó Pipac.

—Por lo mismo hay que recurrir a la diplomacia—respondió el Ministro—. Ya sabéis que soy un buen diplomático y que tengo fe ciega en la diplomacia.

Y entre el detective y el Ministro dedicaron un sentido canto de alabanza a la diplomacia, gracias a la cual podían resolverse los más complicados asuntos.

PARA SER BUEN DIPLOMATICO

Para ser buen diplomático
ha de ser simpático;
ha de ser del país el guardián.
Por mar y por tierra
la paz y la guerra

a su arbitrio sujetas están.

Bello es su papel

mas precisa en él

circunspección

Mucho tacto y mucha discreción.

Refrán:

Para ser buen diplomático
tiene uno que ser simpático
tener tacto, larga vista,

¡Ajá!

Ser suave, halagador,

si hace falta, ser actor;

con grandes dotes de artista.

Ser a ratos algo mentiroso

¡es portentoso!

hay que tener serenidad

y habilidad

y en la charla ser tan ducho

que no hable poco... ni mucho.

El idilio originalmente comenzado entre Carl y la Princesa María Cristina seguía su curso. A medida que pasaban los días, los jóvenes se sentían más enamorados y por nada del mundo, ninguno habría hecho renuncia de aquel amor que era para ellos tanto como sus propias vidas.

Juntos recorrieron los lugares más poéti-

cos de la ciudad, juntos concurrían a los bailes populares y juntos también saborearon la dicha de sentirse tiernamente amado el uno del otro.

María Cristina vivía en un país de ensueño, para ella toda su existencia no tenía más objeto que Carl y temía por el día en que éste pudiera enterarse del engaño en que le tenía. Gustosamente habría renunciado a toda su grandeza, para convertirse únicamente en aquella simple manicura que la creía Carl y poder gozar sin restricciones de ninguna especie el amor del militar. Y cuando este pensamiento nublaba su frente, se aferraba más al brazo de su amado y le preguntaba ansiosamente:

—Carl, ¿dejarás de amarme alguna vez?

—Nunca — respondía el comandante con firmeza—. Para dejar de amarte sería preciso no vivir. Tu eres para mí todo en el mundo.

—¿Y perdurará siempre en ti ese mismo amor?

—¿Acaso te he dado derecho a dudar de él?... ¿Por qué me haces esa pregunta?

—No me hagas caso—respondía ella—; es que soy tan feliz a tu lado, que temo, no sé por qué, que algún día pudieras dejar de amarme... ¿Me comprendes?

Y él creyendo comprenderla, pero sin que pudiera adivinar el verdadero sentido de

aquellas palabras, la estrechaba fuertemente contra su pecho y la besaba con infinita pasión.

Ya no era solamente en la calle donde se veían los enamorados, sino que muchas veces la Princesa iba a casa del comandante y allí, los dos solos, sin testigos, seguían tejiendo la madeja de oro de sus sueños amorosos.

El Ministro de Estado, firme en su propósito de cruzar en el camino de los amores de la princesa al oficial que había elegido, se lo comunicó así a ella, que respondió protestando:

—No necesito cerca de mí a nadie.

—Pero si es ese oficial elegantísimo. Vuestra Alteza misma podrá dar fe de mi buen gusto.

—Se lo reconozco de antemano, pero no estoy dispuesta a ello.

—Permitidme, por lo menos, que os lo presente.

—¿Lo creéis necesario para cumplir vuestro Protocolo?—preguntó riendo la princesa.

—Es solamente para que lo conozcáis.

—Bueno, si solamente se trata de eso, os complaceré.

—Gracias, Princesa—exclamó satisfecho el Ministro, creyendo ya seguro su éxito.

DE COMANDANTE A CORONEL

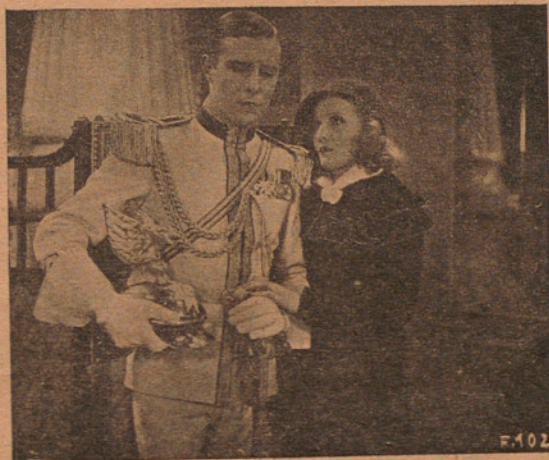
Claro está que en todo el día la Princesa no volvió a acordarse de lo que le había dicho el Ministro, pero no así éste que decidió poner en práctica su plan aquella misma tarde.

Momentos antes de que el Ministro fuese a buscar al comandante Berck, había llegado a su casa la Princesa María Cristina. Cuando entró encontró a su novio cantando una bella canción en la que el joven hacía alusión a la pasión que sentía por Mizzi, por aquella Mizzi deliciosa, que él seguía creyendo que era una simple manicura.

María Cristina se detuvo en el dintel de la puerta unos instantes para oírle cantar, y cuando Carl se dio cuenta de su presencia corrió a abrazarla, diciéndole:

—¿Qué hacías ahí?

—Te escuchaba—respondió riendo ella.



—No quiero que veas a la Princesa

—¿Te gusta esa canción?—preguntó él.

—Es muy bonita y además la cantas admirablemente.

—Pues iba dedicada a ti. Todo lo que yo hago no tiene más finalidad que dar a comprender el inmenso amor que te tengo.

—¿Quieres cantarla otra vez?—le preguntó ella.

—¿Por qué no?—aceptó Carl.

Volvió a tocar la guitarra que había dejado sobre una mesa y se puso a cantar la canción que tanto había gustado a su amada.

CUANDO BAILO CONTIGO

Mi dulce bien
 junto a mí ven...
 diga ya su promesa
 tu boca de fresa.
 ¡Quédate aquí!
 conmigo estarás
 mi reina serás.
 Ve que te adoro
 y un rico tesoro
 guardo para ti...

A dúo:

Nada se de ti...
 ¡oh Mizzi!
 ni tu nada de mí...
 ello no impedirá
 que nos amemos ya...
 una chispa bastó
 y nuestro amor brotó
 tu nombre fué precioso don
 que nos ató.
 Tu nombre, sí. Mizzi, propicia
 es la delicia
 que suave mi oído acaricia.
 Nada sé de ti
 ni tú sabes nada de mí
 mas conocemos nuestro amor
 ¡que es lo mejor!

A medida que él iba cantando, ella se sentía más embriagada por aquella música deliciosa y, sin darse cuenta, repitió, con su amado, varios trozos de la canción. Al terminar, los dos enamorados se encontraron abrazados, y así permanecieron hasta que sonó el timbre y el ordenanza entró precipitadamente anunciando:

—Su Excelencia, el Ministro de Estado, acaba de llegar.

—¡El Ministro!—exclamó extrañado Carl.
 —¿Qué vendrá a hacer aquí?

—Debo marcharme—exclamó asustada la Princesa, pero dándose cuenta de que estuvo a punto de descubrirse con aquella exclamación, siguió diciéndole—. No está bien que lo recibas estando yo aquí. ¿Qué diría si supiese que amabas a una pobre manicura?

Corrió hacia la puerta, pero Carl la detuvo por un brazo, a la vez que le decía:

—No puedes salir. No hay más que una salida y es por donde él entra. Necesariamente te vería. Escóndete en esa habitación. —Y le señaló su dormitorio—. Pero María Cristina sintió cierto reparo a aceptar la proposición de su novio y eligió como lugar para permanecer oculta un biombo que había en la misma sala y que además le ofrecía la posibilidad de poder oír todo lo que hablasen los dos.

No había hecho más que ocultarse, cuan-

do entró el Ministro y ofreció la mano a Carl, diciéndole:

—Tenía un verdadero deseo de conocerle, amigo mío.

Carl, al oírse llamar de aquel modo tan familiar, "amigo mío", no adivinaba de dónde provenía aquella amistad, mas sin hacer uso de la confianza que le otorgaba el Ministro, permaneció militarmente cuadrado ante él, hasta que le dijo:

—Siéntese, amigo mío, hemos de hablar de cosas muy interesantes.

Carl satisfizo la orden de su superior y se sentó junto a él, que empezó diciéndole:

—Lo he elegido a usted para que realice una misión muy difícil. De ella depende casi la seguridad del Estado.

—Puede disponer de mí Su Excelencia para cualquier servicio—respondió Carl, sin pensar en lo que le iba a exigir el Ministro.

—Se trata—siguió diciéndole éste—en que hoy mismo será usted presentado a la Princesa María Cristina, ¿la conoce usted?

—Hace muy pocos días que llegó a la Corte y todavía no he tenido el honor de verla—respondió Carl.

—No importa—exclamó el Ministro—. La Princesa María Cristina es encantadora. Ya sabe que todas las princesas son encantadoras. Usted será presentado a ella y lo demás...



—¡Es el mismo que la acompaña siempre!

en fin... ¿para qué decirle lo demás?... Ya me comprende.

Carl seguía, a pesar de la afirmación del Ministro, sin comprender nada y así se lo indicó diciéndole:

—No comprendo todavía a Su Excelencia, aun cuando se haya expresado con tal claridad.

El Ministro sonrió bondadosamente y volvió a decirle:

—Ya le he dicho que será presentado a

ella, que la Princesa es encantadora y que usted tendrá que hacérsele agradable... muy agradable... ¿Comprende?

—¡Excelencia!—exclamó Carl, levantándose algo airadamente—. Me exigís algo contrario a mi manera de ser.

—Nada de eso, amigo mío. Piense que es una razón de Estado la que le obliga. Debe ser muy agradable. Piense que es la Patria quien se lo exige. ¿Será capaz de negarse a prestar un servicio a la Patria?

Carl siguió negándose a ello, con gran regocijo de la Princesa que podía comprender por la actuación del oficial, el amor que éste la profesaba, mas al fin Carl no tuvo más remedio que acceder a la insistencia del Ministro y éste, satisfecho de haber logrado su objeto, se levantó para marcharse, diciéndole:

—Hasta la vista, "coronel". No olvidéis que debéis ser muy agradable, sobre todo muy agradable...

Cuando quedó solo, ni se acordó siquiera de que estaba allí la pequeña Mizzi. El Ministro de Estado le había colocado en una situación tan embarazosa, que no le dejaba lugar más que para pensar en aquella mal-dita presentación.

La Princesa se le acercó y le preguntó mimosamente:

—¿Consientes en esa presentación?

—No tengo más remedio, Mizzi—respondió él.

—¿Y si yo te pidiera que no fueses?

—Es imposible. Quien manda, manda, y a mí no me toca más que obedecer. Además, ¿puedes tú tener celos de la Princesa?

—¿Por qué no—replicó ella—. Prométeme que no irás.

—No puedo, amor mío. Las órdenes hay que cumplirlas.

—Entonces, ¿no me amas?—exclamó fingiendo cierto disgusto.

—Bien sabes que sí. ¿Qué puede influir esta presentación en nuestro amor?

—No sé, pero tengo el presentimiento de que sí. Lo mejor es que no vayas.

—Siento contrariarte, Mizzi. Ya has visto que me he opuesto enérgicamente, pero la orden del Ministro es terminante y no tengo otro recurso que acatarla.

Y a pesar de que la Princesa puso en juego todos sus encantos femeninos y toda su deliciosa coquetería, no consiguió hacer desistir a Carl para que no fuese a ver a la Princesa.

EN PALACIO

Equipado con un uniforme de toda gala, el coronel Berck hizo su entrada en Palacio aquella misma tarde. Por el largo corredor que conducía a la antesala del despacho del Ministro se dirigió a donde estaba éste. Detrás de él, corriendo alegremente para alcanzarlo, iba la Princesa María Cristina, hasta que finalmente consiguió llegar a él y lo cogió por un brazo.

—¡Mizzi!—exclamó asustado Carl—. ¿Como te has atrevido a entrar aquí?

—Porque quiero que no veas a la Princesa.

—¿Y no comprendes que me comprometes? ¿Qué dirán si te encuentran en Palacio?

—Poco me importa. Lo único que quiero es que te vayas y no veas a la Princesa—insistió.

—Ya te he dicho que no puedo. Las órdenes son órdenes y hay que cumplirlas.

Habían entrado ya en la antesala y allí ella siguió discutiendo con Carl, que se hallaba en una situación angustiosa. Temía que de un momento a otro llegase el Ministro, enterado de su presencia, acompañado de la Princesa y que sorprendiese allí a Mizzi. ¿Qué sería de la muchacha y de él, si esto sucediese?

Mas, por fin, la Princesa, viendo la tenacidad de su novio exclamó:

—Está bien, puedes verla. Te dejo en paz para no comprometerte.

Y fingiendo un gran enfado salió de la sala.

En el mismo pasillo se encontró con el Ministro de Estado que le dijo:

—Alteza, el oficial de que os hablé acaba de llegar, ¿queréis conocerle?

—No—respondió secamente María Cristina—. Estoy enfadada con él.

—¿Cómo decís??exclamó extrañado el Ministro—. ¿Acaso le conocéis?

La Princesa se dió cuenta de que había dado un paso en falso y se apresuró a rectificar, diciendo:

—¿Cómo voy a conocerle, si no le he visto nunca? Pero estoy enfadada con él porque sospecho que es vuestro cómplice, para interponerse entre mí y el hombre a quien amo. ¡No le quiero ver!

—Acordaos, Alteza, que prometisteis acceder a mi deseo.

—Si es así, cumpliré mi promesa—terminó diciendo la Princesa—. Llevadme a su presencia.

El Ministro abrió la puerta de la antesala y se adelantó hacia el coronel Berck, diciéndole afectuosamente:

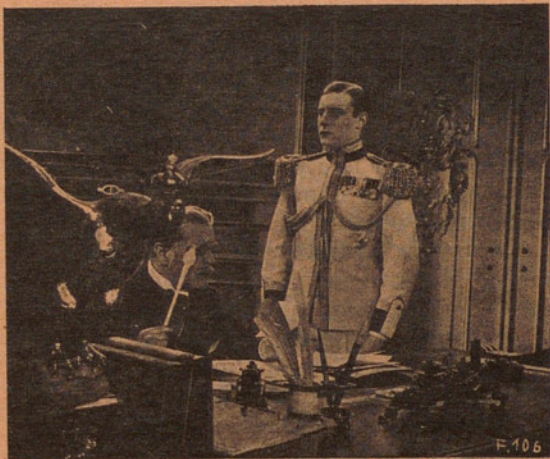
—Amigo mío, tengo el honor de presentarle a Su Alteza, la Princesa María Cristina.

—¡La Princesa!—exclamó sin poderse contener el oficial, a la vez que se cuadraba militarmente.

Imposible describir la sorpresa de Carl, al ver que la Princesa y Mizzi eran una misma persona. Indudablemente aquella mujer se había burlado de él y había jugado coquetamente con su corazón y ahora, cuando ya estaba plenamente enamorado de ella, lo traía a Palacio para desengañarle e incluso humillarle. Permaneció erguido ante ella, que empezó a inspeccionarlo detenidamente por todos lados, haciendo que Carl diese la vuelta en todos los sentidos, con el fin de que la inspección fuese completa.

—No está mal, no está mal, vuestro oficial—exclamó finalmente la Princesa—. Podéis dejarme sola con él.

Esto era precisamente lo que deseaba el Ministro, quien al salir volvió a recomendar al coronel:



—Procuraréis haceros desagradable a la Princesa...

—Ya lo sabéis, muy agradable. Sobre todo que le seáis muy agradable...

Cuando quedaron solos, la Princesa no pudo contener ya por más tiempo la risa y lanzó una carcajada, diciéndole:

—No habéis querido hacer caso a Mizzi y ahora tendréis que obedecer a la Princesa.

El no se inmutó, ni se atrevió a pronunciar palabra. Y tuvo María Cristina que acercarse a él y decirle de nuevo:

—¿Ya no me amas?

—¡A las órdenes de Su Alteza!—respondió Carl, queriéndole dar a entender que todo había terminado entre ellos.

—Enfadada por esta actitud del coronel, la Princesa salió y fué en busca de su Ministro, a quien le dijo:

—Quiero que nombréis mi ayudante a ese oficial tan simpático y agradable.

—Cumpliré vuestro deseo, Alteza—exclamó el Ministro satisfecho de que el asunto fuese mucho más rápidamente que lo que él se había propuesto—. Ahora mismo le será notificado el nombramiento.

Mandó llamar a Carl y le dijo:

—Os habéis portado admirablemente, "general". Su Alteza me ha pedido que os nombre su ayudante particular.

Y aquella petición de la Princesa fué para Carl una demostración más de que María Cristina, no satisfecha con haber jugado con su amor, pretendía ahora hacerle comprender la diferencia que existía entre los dos y la quimera que resultaba la pasión que ella había sabido inspirarle. Pero no podría jactarse la Princesa de ello—pensó interiormente—. El sabría guardar la distancia y no se expondría a que ella pudiera echarle en cara su jerarquía. Y firme en este pensamiento trazó su conducta, basada en una absoluta sumisión militar.

EL BAILE DE GALA

Aquella actitud de Carl empezaba ya a molestar a la Princesa, quien pasado el primer momento, creyó que la pasión del oficial no se detendría, ni aun ante su verdadera personalidad. Mas los días pasaban y Carl seguía siendo el mismo. Siempre rígido, frío, con la frialdad propia del subordinado y sin que de sus labios salieran más palabras que las estrictamente necesarias para responder a las preguntas de la Princesa.

Por fin, ésta decidió poner fin a aquella comedia y una tarde, después de adornarse con sus mejores joyas y vestidos, hizo llamar a su ayudante. Antes de que éste entrara, recogió de su tocador el abanico que él le regalara la noche que lo conoció y adoptó

mil posturas, hasta encontrarse una en la que se creyó más interesante. Segundos después apareció Carl y preguntó:

—¿Su Alteza ha tenido a bien llamarme?

—Sí, general—respondió ella. Y viendo que permanecía junto a la puerta, le dijo: —Acercaos.

El dió unos pasos y la Princesa tuvo que insistir:

—Acercaos más.

Otros nuevos pasos de Carl y la distancia entre los dos seguía siendo prudencial.

La Princesa sacó el abanico y empezó a hacerse aire, de forma que Carl pudiera verlo fácilmente. En vista de que permanecía callado le preguntó ella:

—¿Cómo me encontráis con este vestido?

El la hubiera dicho que divina, pero se abstuvo y sólo respondió, para desesperarla más todavía.

—¿Me permite, Su Alteza que me retire?

Aquel ruego acabó con la paciencia de María Cristina, que quiso hacer estallar los celos de su antiguo novio, y para ello escribió un billete a su Ministro en el que con caracteres grandes de letras, a fin de que pudiera

ser leído por Carl de una sola ojeada, le decía:

“Acepto casarme con el Príncipe. María Cristina.”

Se lo entregó a su ayudante y poniéndoselo materialmente ante los ojos le ordenó:

—Llevad esto al Ministro de Estado.

Mas los deseos de la Princesa se vieron también defraudados, puesto que Carl, sin dirigir una sola mirada al papel, lo tomó y lo dobló inmediatamente.

Y por primera vez en su vida, la alegre princesita lloró amargamente por aquel amor que no la sabía comprender. Ahora se daba cuenta de lo peligroso que había resultado su juego y se propuso a costa de todo, aun cuando ello fuera un desaire, renunciar a la mano del Príncipe, para conseguir el amor de su Carl.

Aquella misma tarde, cuando Carl se hallaba recibiendo órdenes de la Princesa, el Ministro daba cuenta a su detective de lo afortunada que había resultado su gestión, y le decía:

—La Princesa está ya decidida a aceptar por esposo al Príncipe.

—Habéis tenido una gran idea, Excelencia—exclamó Pipac—. ¡Quisiera conocer a ese apuesto oficial!

El Ministro, valiéndose de un resorte le indicó un agujero que correspondía precisamente a uno de los ojos de un cuadro colocado en la sala donde estaba la Princesa y le dijo:

—Ahí está.

Pero apenas lo vió Pipac, se volvió hacia el Ministro exclamando:

—¡Pero si es el mismo! Ese es el que bailó con la Princesa.

—¿Qué decís?—preguntó sin comprender el Ministro.

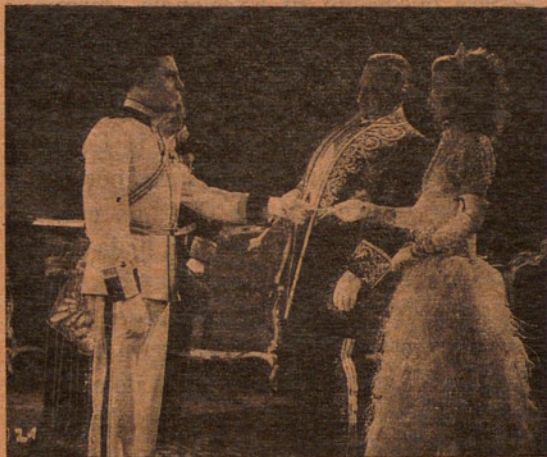
—Que es el mismo que la acompaña siempre. Es el Carl de quien ella os habló.

El Ministro quedó anonadado por aquella declaración. Todo su plan se venía abajo con aquel descubrimiento y pensó deshacer inmediatamente todo lo hecho.

Para ello llamó a Carl y le dijo:

—¡Ya habéis cumplido con vuestra misión!

¡Desde este momento procuraréis haceros desagradable a Su Alteza, todo lo más des-



La Princesa dudó un momento.

agradable posible! ¿Me habéis comprendido?

—Sí, Excelencia—respondió Carl — pensando que aquello era un nuevo capricho de la Princesa.

—Podéis marcharos y procurad que esta noche, en el baile, cuando esté el Príncipe, resultéis, ante los ojos de la Princesa, un hombre antipático y desagradable. No olvidéis esto último.

—Será obedecido su Excelencia—terminó diciendo Carl.

Por la noche el salón de fiestas del Palacio Real ofrecía un aspecto deslumbrante. Todos los grandes personajes de la Corte y las más elegantes damas llenábanlo por completo, y la Princesa María Cristina, con su rico vestido blanco, parecía un hada milagrosa. Para ella eran las miradas de todos, excepto las de Carl, que apenas si se cuidaba de ella, procurando permanecer siempre detrás. La Princesa estaba a punto de estallar ante la indiferencia que le significaba Carl. Ella que se había adornado con la única ilusión de hacerle claudicar, iba viendo que el carácter de él era mucho más indomable de lo que se había figurado.

El secretario del Protocolo leyó uno de los artículos del Protocolo, diciendo:

—La Princesa María Cristina, admite el carnet de los bailes y lo recibe en este instante.

Recogió ella el carnet y trazó un sólo nombre, que abarcase todos los bailes.

Ya sólo faltaba la llegada del Príncipe para dar comienzo a la fiesta, y los palacie-

gos empezaban a murmurar de su tardanza. También el Ministro no podía comprender a qué era motivada, y envió a Carl para que le advirtiese que se notaba su ausencia.

Mientras tanto, el Príncipe de Leunshensstein, el futuro esposo de la Princesa María Cristina, se hallaba dedicado, en aquellos instantes, a su distracción favorita. Iba haciendo una recopilación de sus últimos descubrimientos arqueológicos y había olvidado por completo que tenía que asistir a Palacio.

Cuando llegó Carl, el ayudante del Príncipe advirtió a éste el compromiso contraído para aquella noche, y el Príncipe exclamó:

—Es verdad, no me había dado cuenta.

Recogió varias fotografías que habían sobre la mesa y las guardó en uno de sus bolsillos. Su figura, a pesar de su elegante indumentaria, algo ridícula, pero donde más se manifestaba esta ridiculez era en su voz, que parecía la de un niño.

Sonaron las trompetas anunciando la llegada del Príncipe y éste, seguido de Carl, hizo su entrada en el salón. Inmediatamente se fué hacia la Princesa y haciendo una pro-

funda reverencia besó su mano, a la vez que le decía:

—Hasta ahora, Princesa, sólo me había interesado por las mujeres de dos mil quinientos años.

María Cristina lo miró extrañada, pensando si aquel hombre sería tonto. Mas él le dió la explicación, diciéndole nuevamente:

—Aquí tengo varias fotografías. Mire, ésta es una verdadera belleza.

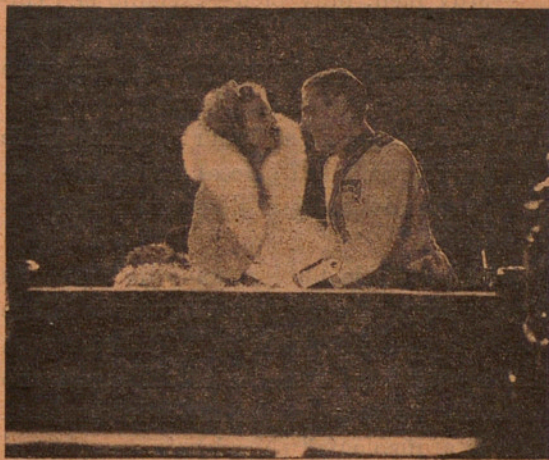
Y le enseñó la fotografía de una antigua faraónica, que resultaba verdaderamente horrible.

—Esta es la que últimamente he descubierto—volvió a decirle el Príncipe.

—Muy interesante—respondió María María Cristina, fingiendo un extraordinario interés por él, con el fin de suscitar los celos de Carl.

Mas así y todo comprendía ella, que pocos celos podría tener su amado de aquel Príncipe, puesto que se necesitaba ser una mujer verdaderamente ciega para enamorarse de él.

El Ministro que estaba viendo el ridículo que corría el Príncipe, quiso apresurar los acontecimientos y le dijo:



—¿Qué importa, si se ha salvado nuestro amor?

—Me permito, con toda la humildad recordar a Su Alteza, las exigencias del Protocolo.

—¿Y qué ordena el Protocolo?—preguntó el Príncipe.

—Que el baile ha de iniciarlo Su Alteza, con su prometida... la Princesa, María Cristina.

—Muy bien, muy bien—exclamó el Príncipe.

La Princesa se preparó para bailar, pero el Príncipe se apresuró a decir.

—¡Pero, si yo no sé bailar! ¿Cómo quiere que empiece el baile? ¿No es mejor que sigamos hablando de mis descubrimientos arqueológicos?

El Ministro le hubiera dado de bofetadas a aquel tipo. ¿Es decir que después de lo que le había costado decidir a la Princesa para que lo aceptase, ahora le resultaba que no sabía decirle nada, ni hablarle de otra cosa que de arqueología? ¡Y además no sabía ni bailar!

—Es que todos esperan la venia de Su Alteza para bailar—se atrevió a decirle el Ministro.

—Pues por mí, que bailen todo lo que quieran. La Misma Princesa, María Cristina, puede elegir su caballero.

Junto a ella estaba Carl. La Princesa dudó un momento, y al fin, no pudiendo resistir los impulsos de su corazón, corrió hacia él, ofreciéndole el brazo.

Inmediatamente la orquesta empezó a eje-

cutar un vals, un vals lleno de cadencias armoniosas, que Carl y la Princesa bailaron con extraordinaria maestría. Dieron varias vueltas al salón, produciendo la admiración de todos, hasta que finalmente a una señal de la Princesa, se lanzaron las parejas, dejando en el centro la formada por María Cristina y Carl.

Ella abrió disimuladamente el carnet de baile y se lo enseñó a Carl, diciéndole:

—Mirad, a quién había inscrito para bailar conmigo toda la noche.

El miró hacia el carnet y leyó que su nombre cruzaba todos los bailes. No pudo resistir más tiempo y apretó el brazo en que la tenía sujeta y le susurró al oído esta delicada canción:

NADA SE DE TI

Siento al estrechar
tu talle, al bailar
los latidos de tu corazón;
ritmo encantador,
que invita al amor,
encendiendo la mútua pasión...

¿No es la danza, di, di,
loco frenesí
que un instante me adueña de ti?
Siento, al rodear tu talle, al danzar,
tu gentil corazón palpar...

A dúo:

Si estoy cerca de ti
y me rozan así
tus cabellos, tu rostro, tu tez,
una gran emoción
sube a mi corazón
y me embarga dulce embriaguez.
Porque es todo mi bien
de la danza al vaivén,
sentirte tan cerca de mí!
ritmo encantador
me invita al amor
y un instante me adueña de ti.

La colección de la Princesa llenó de indignación al Ministro de Estado, que comprendió que aquello era un verdadero escándalo que se daba en la Corte. Además, para mayor convencimiento, no tenía más que oír

los comentarios que se hacían por todos y se creyó en el deber de impedir que continuara bailando la Princesa y Carl. Sin darse cuenta del mal efecto que produciría su acción, ordenó callar la orquesta y se acercó a María Cristina, diciéndole:

—¡Alteza, esto es un escándalo! ¡Un verdadero escándalo! ¡Estáis faltando al Protocolo!

—¡Ya os he dicho que a mí no me importa nada vuestra Protocolo! ¡Podéis hacer de él el uso que más os plazca, pero yo haré, sin embargo mi gusto!

Y volviéndose a Carl le dijo:

—¡Si sabéis lo que le corresponde hacer a un caballero, en esta situación, os recomiendo que lo hagáis!

Y ante la espectación general salió del salón, donde se promovió un verdadero revuelo.

Carl no dudó en seguir el consejo de la Princesa y corrió tras ella, para no abandonarla más.

En aquel instante, cuando más vivos eran los comentarios, se anunció la llegada de S. M. El rey, un niño de unos ocho años,

que reinaba, hasta que la Princesa pudiera ocupar el Trono. Todos los súbditos allí presentes callaron, al verle y él se adelantó hacia el Ministro, diciéndole:

—¡Esto es un escándalo! ¡Un escándalo intolerable!

—Ya lo he dicho, Majestad!—respondió el Ministro creyendo que se refería a la conducta de la Princesa.

—Me han servido el puding completamente frío! ¡Es un escándalo que no se puede tolerar!

Y mientras que S. M. repetía que aquello de servirle el puding frío era un escándalo, la Princesa y Carl, que había llegado a unirse, montaban en un trineo, huyendo de Palacio, hacia otros caminos de felicidad, en los que no podrían detenerles ni los discursos del Ministro de Estado, ni el Protócolo, ni las protestas de la Corte entera; iban camino de la verdadera dicha, camino del amor.

FIN

¿Quiere usted conocer la vida artística de sus artistas predilectos?

Coleccione las biografías publicadas por

BIBLIOTECA FILMS
(TÍTULO DE LA SUPREMACÍA)

Antonio Moreno

Ramón Novarro

John Barrimore

John Gilbert

Fred Thomson

Lillian Gish

Charlot

Dolores del Rio

Adolfo Menjou

Janet Gaynor

Buster Keaton

Lon Chaney

25 CÉNTIMOS
VOLUMEN

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

Si no encuentra en su localidad, remita su importe en sellos de correo, al Apartado 707. Barcelona

SELECCION DE BIBLIOTECA FILMS

Acaba de publicar los grandes éxitos de la temporada.


No, no, Nanette	Bernice Claire
Amor Sofeando	Imperio Argentina
Noche de Príncipes	Gina Manés
Sally	Marilyn Miller
Broadway	Merna Kennedy
El Signo del Zorro	D. Fairbanks (4.ª Edición)
Bodas Sangrientas	María Jacobini (2.ª Edición)
Cantaré para tí	Al Jolson
Sed de Juventud	Ricardo Cortez
Perfidia	E. Jannings
El Puerto Infernal	Lupe Velez

Precio: 50 Céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films-Apartado 707 Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.



El acontecimiento cinematográfico de la próxima temporada, será ::::

Náufragos del Amor

creación de la espiritual
y gentil estrella del arte,

Jeannette Mac-Donald

acertada producción de
la invicta marca =====

PARAMOUNT



cuya narración la hará
Ediciones Biblioteca Films

96 *páginas de texto*

Precio : UNA peseta

